

Educación para una Vida Digna

Moreno González, Sandra

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (Venezuela)



walimay@gmail.com



ORCID ID: 0000-0003-0512-8348

Artículo recibido: 02 septiembre 2021

Aprobado para publicación: 14 octubre 2021

Resumen

Frente a las realidades imperantes que agobian y perturban la vida de la gente, constituye un compromiso imprescindible educar para una vida digna. Y pensar en ello, es también pensar en Paulo Freire y su educación liberadora, pues educar para una vida digna, exige que se favorezca la posibilidad de ser y desplegar todas las cualidades humanas en la búsqueda de transitar hacia su ideal de vida buena, lograr condiciones sociales y culturales necesarias para garantizar bienestar y una organización social justa para las presentes y futuras generaciones de todos los sectores de nuestras sociedades plurales. Y ante esta urgencia, en diálogo con el pensamiento freireano, nos aproximamos a algunos escenarios que, desde nuestra perspectiva, se constituyen en espacios que confluyen como claves para dotar de un sentido – otro al acto de educar, como posibilidad de educar para una vida digna, como apuesta transformadora. Es así como asumimos cinco claves como horizontes para pensar la educación del presente como vía para transitar el espacio de lo posible por-venir: educar para la ética y la política, educar para la diferencia, educar para el amor, educar para la resistencia y la liberación, educar para la experiencia.

Palabras clave

Educación, Vida digna, liberación, Paulo Freire

Abstract

Faced with the prevailing realities that overwhelm and disturb people's lives, it is an essential commitment to educate for a dignified life. And to think about it is also to think of Paulo Freire and his liberating education, because educating for a dignified life requires that the possibility of being and displaying all human qualities be promoted in the search to move towards his ideal of a good life, to achieve social and cultural conditions necessary to guarantee well-being and a just social organization for present and future generations of all sectors of our plural societies. And in the face of this urgency, in dialogue with Freirean thought, we approach some scenarios that, from our perspective, are constituted in spaces that converge as keys to give a meaning - another to the act of educating, as the possibility of educating for a life worthy, as a transforming bet. Thus, we assume five keys as horizons to think about the education of the present as a way to travel the space of the possible to come: educate for ethics and politics, educate for difference, educate for love, educate for resistance and liberation, educate for experience.

Key words

Education, dignified life, liberation, Paulo Freire.

Introducción

...el inacabamiento de que nos hicimos conscientes nos hizo seres éticos.

El respeto a la autonomía y a la dignidad de cada uno es un imperativo ético y no un favor que podemos o no concedernos unos a los otros.

(Freire, 2004: 19)

Pensar en la posibilidad de educar para una vida digna es pensar en Paulo Freire y su pedagogía del oprimido, su educación como práctica de la libertad, su pedagogía de la esperanza, de la autonomía, de la indignación, de la liberación. Es educar para una vida que asegure espacios para que el ser humano y que más allá de encontrar la posibilidad de satisfacción de estrictas condiciones materiales, favorezca su posibilidad de ser y desplegar todas las cualidades humanas en la búsqueda de transitar hacia su ideal de vida buena, lograr las condiciones sociales y culturales necesarias para garantizar bienestar, una vida digna y una organización social justa para las presentes y futuras generaciones de todos los sectores de nuestras sociedades plurales.

Desde que inicié el recorrido y el desafío de pensar en la educación como acontecimiento humano, en este mundo de incertezas y de intrascendencias, mi encuentro con Freire lo reveló ante mi como uno de aquellos con quien podía comprender mis inquietudes y desde todas las experiencias vitales que marcan su trayecto, construir nuevas miradas acerca de la vida, del

mundo y, especialmente, del acto de educar. En este encuentro me han nutrido sus luchas, sus esperanzas, pasiones y sueños.

Y es que la pedagogía, el pensamiento de Pablo Freire es imprescindible cuando nos comprometemos a educar para una vida digna. Para Freire, es imperativo el reconocimiento de la existencia, del rostro, del cuerpo de los oprimidos, los excluidos. En su pensamiento y obra, la dignidad está implícita en la esencia del ser humano; en sus raíces y en lo que le ha hecho – lo hace ser, en la esperanza que alienta, de lo que es y hace para decidir por los propios actos y sus relaciones con los otros y con el mundo.

Su pensamiento construido con la mediación de la red de significados que marcaron su transitar, que le acercaron a la injusticia, a la precariedad, al sufrimiento de muchos, pero también en las cualidades más hermosas contenidas en la singularidad de cada uno, fue el motivo que lo hizo formarse en la posibilidad de la esperanza, una suerte de ánfora de aprendizajes, de trances y alegrías vividas intensamente que le enseñaron a encontrar el espacio entre el querer y no querer, el ser y no ser, el poder y no poder y el tener y no tener.

Ciertamente, con Freire creemos que en la posibilidad de la esperanza se encuentra el espacio para reinventarnos, para el concierto de las cualidades humanas y que es fundamental la lucha para la superación de la tensión entre los extremos abismales que favorecen a unos y subyugan a otros. Y es en el reconocimiento de esta lucha por construir la posibilidad de una vida buena, digna, que conecte al ser humano con su vocación ontológica de “ser más”, en su liberación auténtica, encontramos el sentido de educar para una vida digna.

Para Freire, el acto de educar es un acto amoroso, de confianza, de fe en los hombres, es un quehacer político, de coherencia entre el discurso y la práctica. Requiere así también algo muy importante que sirve como base para el educador y es que respete, dignifique y edifique la lectura del mundo que realizan los educandos – educadores y reivindique la posibilidad de que sean lo que pueden ser: hombres y mujeres libres, fuertes de cuerpo y espíritu, hombres y mujeres con el sueño de ser felices, conscientes de la posibilidad de transformar el mundo y, como insistía Paulo, construir un mundo menos feo, menos cruel e inhumano. Un mundo donde sea más fácil amar.

En la medida que nos hacemos capaces de transformar, de percibir, de entender, de decidir, de escoger, de valorar, de nombrar, de reflexionar y de sentir, se nos descubre nuestra capacidad de eticizar el mundo -dice Freire- y, eso pasa por el reconocimiento de la diferencia, por el respeto al otro y por la capacidad de reconocernos los unos en los otros. La acción educativa – transformadora, con la constitución del sujeto político, se constituye en un lugar de relaciones entre los sujetos que conocen el mundo. Como educadores y educadoras somos políticos, hacemos política al hacer educación.

Educar es atreverse a pronunciar la propia palabra, problematizadora, transformadora, no es enseñar ni aprender a repetir palabras, conceptos. Un verdadero educador debe romper, cuestionar, problematizar las estructuras conceptuales que organizan lo que se debe enseñar, aprender, de lo contrario queda vaciado de su subjetividad, prisionero del silencio, reproduciendo prácticas mecánicas sin articulación, sin posibilidad de vínculo con la realidad, con la vida, con lo que acontece en el mundo del presente.

Pronunciar la palabra que transforma el mundo, abrir espacios para reencontrar al sujeto con su vida, recuperado en sus posibilidades de actuación, de pronunciación, de expresión ética y estética, dueño de sus actos, constituye el proceso donde nosotros y los otros nos vamos formando y transformando, como resultado del contacto y conocimiento del mundo y no reproduciendo rituales que mantienen la situación de opresión. Pronunciar la palabra propia es esperanza mediada por la consciencia de su importancia histórica, palabra que refleja la posibilidad de lucha por la liberación, de trazar horizontes de justicia. Es así que la esperanza se fortalece en la búsqueda colectiva de realización humana.

Pensar en todo ello y actuar en consecuencia involucra al acto de educar con una conversación –y de relación– más allá de cualquier interpretación conceptual o disciplinar. No se trata de cualquier conversación o relación, se trata de una conversación, el diálogo ético de Freire, a propósito de qué hacer con el mundo. No sólo con el de aquí y ahora, con esa porción de tiempo y espacio que habitamos, el que nos ha tocado vivir, sino con el mundo amplio que se hace presente desde cualquier lugar y dimensión del tiempo, un mundo que nos desgarrar, nos conmueve y desconcierta, nos preocupa y nos ocupa, que pone la vida en vilo y profundiza las desigualdades e injusticias. Es una gran tarea entender que,

A partir del momento en que los seres humanos, al intervenir en el soporte, fueron creando el mundo, inventaron el lenguaje con que pasaron a darle nombre a las cosas que hacían con su acción sobre el mundo, en la medida en que se fueron preparando para entender el mundo y crearon en consecuencia la necesaria comunicabilidad de lo entendido, ya no fue posible existir salvo estando disponible a la tensión radical y profunda entre el bien y el mal, entre la dignidad y la indignidad, entre la decencia y el impudor, entre la belleza y la fealdad del mundo. Es decir, ya no fue posible existir sin asumir el derecho o el deber de optar, de decidir, de luchar, de hacer política. Y todo eso nos lleva de nuevo a lo imperioso de la práctica formadora, de naturaleza eminentemente ética. Y todo eso nos lleva de nuevo al radicalismo de la esperanza. Sé que las cosas pueden incluso empeorar, pero también sé que es posible intervenir para mejorarlas. (Ibíd, 17)

Constituye así una necesidad desde lo educativo, generar espacios para la comprensión de las múltiples tensiones radicales que se vislumbran a partir de lo entendido acerca del mundo, de su comunicabilidad y, en consecuencia, del reconocimiento del derecho y el deber de asumir la opción de luchar por lograr una vida buena y digna.

¿Qué quedaría de lo educativo si sólo hablamos de lo nuevo, de lo novedoso, de lo innovador, de espaldas a las realidades imperantes que agobian y perturban la vida de la gente? O si no hablamos sobre ese futuro preconstruido y, en cierta forma, aterrador y claudicante. ¿Qué quedaría de la relación educativa si hablamos sólo de nosotros mismos, de forma limitada y mezquina, haciendo real aquel lamento borgiano que nos advierte que aquello que nos pasa es lo que me pasa? ¿Qué sería del mundo si lo relatáramos exclusivamente con un lenguaje matematizado, tecnificado, aparentemente exitoso por fuera, pero vacío, hueco, sin nadie por dentro?

¿Qué quedaría de lo educativo si ya no hay abrigo para la esperanza de vivir en libertad, con dignidad?

Pero la liberación, señalo, es un proceso que no se consigue en soledad. En palabras de Luis Beltrán Prieto Figueroa,

[...] la vida egoísta es vida en soledad interior, que se hace plena por la inserción en la vida de la comunidad, por la comprensión y el acercamiento. El que se cree libre, fuera de la convivencia en una organización, sin asumir responsabilidad con nadie, es un irresponsable y la irresponsabilidad es una forma de deshumanización que concluye en la esclavitud. (Prieto Figueroa, 1968: 28)

Esencialmente, como afirma Freire, si admitiéramos que la deshumanización es vocación histórica de los hombres, nada nos quedaría por hacer. La lucha por la liberación, por el trabajo libre, por la desalienación, por la afirmación de los hombres como personas, no tendría significación alguna. Ésta solamente es posible porque la deshumanización, aunque siendo un hecho concreto en la historia no es un destino dado, sino resultado de un orden injusto que genera la violencia de los opresores y consecuentemente el ser menos (Freire, 1970: 40). Creo que se trata de recorrer caminos que posibiliten la realización humana y frente a ello, me inquieta precisar las aspiraciones esenciales para configurar una educación que potencie la expresión del ser humano en el mundo y con el mundo, que permita el despliegue de todas las propias posibilidades de futuro en vínculo con la vida, para liberarse de todas las prisiones impuestas que lo reprimen.

Pablo Freire, como educador, como político, como hombre que piensa la práctica educativa, hasta su último aliento permaneció profundamente esperanzado y no «esperanzado por capricho sino por imperio de la naturaleza humana. No es posible vivir plenamente como ser humano sin esperanza» (Freire, 2006: 6), porque una pedagogía humanista y liberadora, que define como pedagogía del oprimido, posibilita las experiencias para que los oprimidos vayan desvelando el mundo de la opresión y se vayan comprometiendo, en la praxis, con su transformación. Una vez transformada la realidad opresora, esta pedagogía deja de ser del oprimido y pasa a ser la pedagogía de los hombres en proceso de permanente liberación. (Freire, 1990: 53-55)

Con Paulo compartimos que ni siquiera es posible negar la desesperanza como algo concreto y tampoco desconocer las razones históricas, económicas y sociales que la explican, pero sin la esperanza y sin el sueño no es posible entender la existencia y la necesaria lucha por mejorarla.

Tampoco podemos perder de vista que los problemas relacionados con la educación no son solamente pedagógicos, sino también políticos y éticos, como cualquier problema de la sociedad y con Paulo afirmamos que no es la escuela la que cambia la sociedad, sino que es la sociedad la que hace la escuela y la escuela se hace con ésta dialécticamente y sin embargo hay áreas que no son neutras (Torres, 1980: 113). Es evidente que enseñamos 'a favor' de alguien, y 'en contra' de alguien, por lo que es menester reconocerlo. Constituye un principio estudiar las vinculaciones entre educación y política. (Freire, 1993: 75)

Y teniendo esto en cuenta, la escuela puede cambiar, es fundamental cambiarla, pues desempeña un papel importante en la transformación de la sociedad. Para esto, el primer paso es la concientización siendo muy importante, por lo tanto, la formación del educador. Decía Freire que los educadores somos un poco artistas, expresando bellamente que el educador «rehace el mundo, él redibuja el mundo, repinta el mundo, recanta el mundo, redanza el mundo». (Freire, 2021: en línea)

El educador -señala Paulo- tiene que ser ético, tiene que respetar los límites de la persona, no puede irrespetar al otro, sino respetar sus sueños y sus miedos, pero tocando esos miedos para movilizar, descubrir y comprender su origen. Si tú vives, si tú trabajas con un grupo metido en el silencio hay que encontrar un camino para que ellos rompan el silencio. Los llamados ignorantes son hombres y mujeres cultos a los que se les ha negado el derecho de expresarse y por ello son sometidos a vivir en una cultura del silencio. (Ídem)

Por ello, el acto de educar es un acto de fe en las posibilidades de las otras y los otros. Es escuchar, es poder contar la propia historia para dar paso a la alteridad, que nada tiene que ver con la hipocresía, ni con la arrogancia tan al uso de dar voz a los que creemos que no la tienen.

Y cómo contar la propia historia si el acto de educar no es narrativo. Es imprescindible una conversación de calidad sobre la relación intensa y extrema entre el mundo como exterioridad y la vida -singular y plural- intentando salir del ombliguismo, generar la ruptura con aquellas prácticas que obligan a permanecer entre unos pocos hablando de lo mismo. Esa mismidad que reproduce repite y reparte desigualdad.

Esa alteridad proviene de recibir las verdades que los otros y las otras nos ofrecen, proviene de un lenguaje amoroso, pero no un amor banal sino complejo y rodeado de amenazas, que busca desesperadamente que el mundo sea también más amoroso, más amable, o justo, o igualitario, más vivible. Hannah Arendt en su obra *Entre el pasado y el futuro*, afirma que si el educar es

[...] el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes sería inevitable (Arendt, 1996: 208)

Educar tiene que ver con cierta forma de amar a los demás lo suficiente como para no abandonarlos a su propia suerte a un destino infortunado a un derrotero incommovible e inmodificable, es no negarles «...la oportunidad de emprender algo nuevo algo que nosotros no imaginamos lo bastante cómo prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo común» (Ídem).

No sé bien qué puede significar eso de amar lo suficiente, pero si sé cuánto el amor devuelve a la educación a su territorio originario, aquello que Carlos Skliar llamó la patria de los afectos, esa patria de los afectos que involucra la inscripción del educar en las relaciones esenciales de la vida: amistad, amor, fraternidad, hospitalidad, comunalidad y la inscripción del educar como un acto de rebeldía frente al orden impuesto. Educar se opone a los destinos inevitables, no puede haber vidas programadas y predestinadas, reducidas o negadas en su propia naturaleza. Dicho de otro modo vivir en un país y habitar sus instituciones debería ser una cuestión de

hospitalidad y no una formulación jurídica o técnica. Eso trastocaría de partida el orden natural de las cosas subvirtiéndolo y obligando a pensar de nuevo, a edificar de nuevo, a pactar de nuevo y no prolongar lo dado.

En un mundo gobernado por el exceso de racionalidad, la peor injusticia es la de la inevitabilidad de las vidas disminuidas, jibarizadas antes de ser. Pero lo educativo, como casi todo, ha entrado a formar parte del gran parque temático del capital, al tiempo que convive con una cotidianeidad de encuentros y desencuentros, presencias y ausencias, abundancia y carencias, familias, biografías, historias y geografías distintas. Educar para una vida digna exige rupturas con estas realidades y pasar el mundo a los nuevos, a los y las jóvenes, para que hagan algo diferente con él.

Pero, cómo educar frente a la vorágine de estos tiempos en los que la prisa por los resultados, nuestros encierros inevitables, la presencia invasora y anhelante de la tecnología, la rentabilidad, las competencias, las eficiencias y la mercantilización de los saberes, que han dejado poco espacio para una cultura de la vida. Ante este drama vital reconocemos un malestar generalizado en la educación actual, en la vida cotidiana de las escuelas, un desasosiego por el qué hacer, el deber hacer, el tener que hacer, el cómo hacerlo, mientras la realidad se derrama y desborda por todas las grietas, sin poder cambiar el rumbo del mundo y de la vida.

Frente a ello, nos preguntamos por donde iniciar los trayectos necesarios para entender lo pedagógico como genuino y radical acto contra la crueldad e indignidad, cómo encontrar espacios para impulsar que el ser humano pueda ser a plenitud y estar comprometido consigo mismo, con los otros y con la transformación del mundo. Y ante estas interrogantes, en diálogo con el pensamiento freireano, pretendemos aproximarnos a aquellos escenarios que, desde nuestra perspectiva, se constituyen en espacios que confluyen como claves para dotar de un sentido – otro al acto de educar y posibilitar una educación para una vida digna: educar para la ética y la política, educar para la diferencia, educar para el amor, educar para la resistencia y la liberación, educar para la experiencia.

Educar para la ética y la política

El sino del ser humano es vivir con otros y convive de acuerdo con normas que él mismo define, en libertad o no, con dominio o no. Ese modo de ser y estar en el mundo lo constituye en un ser político, compartiendo no la soledad, sino la diversidad que somos. En convivencia, el ser humano actúa, imagina, hace, inventa, decide, se aventura, abre estelas y caminos, en suma, es activo y en este accionar en convivencia con otros diferentes a él, configura valores que pueden conformarse y reconstruirse a medida que reflexione sobre ellos.

Es constante devenir, ser de inconclusión que permanece en la búsqueda de alcanzar sus propósitos, su plenitud, su felicidad, su realización. Es un sujeto ético que se constituye en protagonista de su propia transformación, en sujeto que toma opciones, asume decisiones, elige y es que la eticidad es indispensable para la convivencia humana. De ahí que la ética en los actos humanos sea una condición necesaria.

Es así que la educación debe tener en cuenta la misión de educar en la ética y en la política, como posibilidad de constituir valores de convivencia humanas que abrirían espacios a un mundo más solidario, más humano, un mundo donde sea más realizable el amor, los sueños, la prefiguración del porvenir que nos permita desde el presente reconocer las condiciones que nos sujetan, que nos impiden ser lo que queremos llegar a ser, por tanto, es necesario que los educadores se esfuercen por hacer más pedagógico lo político, transformando la reflexión y la acción crítica en soportes fundamentales de una idea de sociedad llena de fe por el logro de humanizar la vida misma, que además sea consciente y se oponga a cualquier forma de opresión que sujete al ser humano.

La educación requiere atender a los espacios del vivir y convivir, como vínculo posible entre los sueños, el tránsito, la lucha y el esfuerzo por alcanzar la plenitud y la vida que nos marca. Y una educación de cara a esa posibilidad, una educación que tenga en cuenta esa condición natural del ser humano de ser en el mundo y estar con otros en el mundo, conviviendo y haciendo la vida en la cotidianidad, involucra educar para ayudar a vivir, convoca a potenciar el pensamiento, reconocer los obstáculos que le impiden ser, la expresión y nuevos modos de acción para la vida y la propia reinención y el derecho a no renunciar a la esperanza.

Educación para la diferencia o pedagogía de la alteridad

Si el ser humano convive, en ese mundo de incertidumbres, con múltiples sujetos diferentes a él, la educación para la diferencia emerge como una necesidad para vivir en un mundo más feliz, un mundo con espacio para el amor, para los sueños, para la vida en común, para la libertad, para la democracia.

Podemos reconocer como obstáculo de elevada significación las interpretaciones que subyacen a la idea de democracia y la idea de igualdad en la educación, que ha sido fuente medular para cancelar la diferencia, para anular la diversidad, la originalidad que somos. Pareciera que se ha instalado la noción de educar en igualdad de condiciones con la pretensión de igualarnos, hacernos uno, uniformizarnos y pasarnos por el tamiz de estereotipos. Con esta perversión se ha pretendido que pensemos del mismo modo, que respondamos a las mismas determinaciones. Tal pretensión no es más que una falacia porque estar en igualdad de condiciones no implica ser iguales y si algo nos caracteriza es la riqueza de nuestras diferencias, de nuestra singularidad. Nos han hecho creer que debemos ser iguales para estar iguales y eso ha contribuido a la degeneración de la noción de democracia que se aspira en la convivencia humana.

La democracia implica gozar de igualdad de oportunidades, de igualdad de derechos, por encima de las diferencias, pero entendiendo la diversidad que nos hace ser lo que somos, hombre y mujeres que con nuestra presencia, pensamiento y acción configuramos una realidad social, una práctica social, un modo de vivir y por ello, la educación debe plantearse la tarea de abrir espacio para la expresión de lo otro, de lo diferente, el reconocimiento de la alteridad que somos, el reconocimiento del otro como alguien que está ahí, del otro lado, configurando significados, pronunciando al mundo, nombrándolo, soñándolo, haciéndolo junto a los otros.

Educar para el amor

Seguramente estamos de acuerdo con que el amor construye, pero si trazamos la mirada al presente, como ya hemos hecho y pretendemos continuar haciéndolo, encontramos una época donde, según Bauman (2006), el presente no dispone de suficientes puntos de apoyo y es el tiempo de lo instantáneo, del presente perpetuo, de lo contingente, nos hace reconocer al amor sin fundamento donde asirse y sin desenlace.

Bauman señala que Freud, en *El malestar en la Cultura*, afirma que amar al prójimo como a sí mismo, es un precepto «...de los fundamentales de la vida civilizada. Y es también el más opuesto a la clase de razón que promueve la civilización: la razón del autointerés y de la búsqueda de la propia felicidad» (Bauman, 2005: 105), expresando ante ello que amar al prójimo implica un salto hacia la fe y que de ahí depende el nacimiento de la humanidad, pues todas las otras “rutinas de la cohabitación humana” se encuentran supeditadas a esa posibilidad. Constituye una urgencia el reconocimiento de otros yo que merecen ser amados como lo hago conmigo, que esperan que yo los ame, los reconozca, que admita su dignidad. Esto implica reconocer el valor único de cada ser humano que es mi prójimo, el valor de las diferencias que enriquecen el mundo que cohabitamos y que lo constituyen en un lugar más promisorio, más placentero, más habitable.

Entonces, es una necesidad educar en el amor y para el amor, frente a una humanidad hoy cuya vida cotidiana es plena de desarmonía, de falta de experiencias afectivas que constituyan espacios para ser mejores, para respetar a los otros y ser sensibles ante la vida, para no ser indiferentes al dolor, a la injusticia, a la opresión, a las miserias que pueblan este mundo del presente.

Urge abrir caminos en los cuales la relación ética que se establezca en el acto de enseñar prevalezca el amor como valor, como suceso, como acontecimiento que acompañe la reflexión sobre lo que somos y lo que podemos ser, en el mundo y con los otros, reconociendo a la educación como un acto de amor. Cómo educar sin amar, pues aquel que se centra en su mismidad, quien no puede ver, reconocer y reconocerse en el rostro del otro, difícilmente podrá alumbrar una nueva existencia.

Educar para la resistencia y para la liberación

En este escenario pensamos en la educación como trayecto para aprender a ser y estar en el mundo, con el mundo, con los otros y, a la vez, aprender a transformarlo en convivencia. Esto supone la necesidad de buscar la paz en común, los proyectos de vida en común, apoyándonos y asumiendo con responsabilidad los acontecimientos cotidianos, los conflictos que implica la vida en común, afrontándolos en un marco de respeto mutuo, de compromiso. Es así que el diálogo en la educación se constituye en una condición indispensable para comprender los acontecimientos que marcan la vida en colectivo, la búsqueda de la plenitud en esa dinámica, asumiendo creativamente la confrontación, el asentimiento, la resistencia a cualquier acto que nos oprima, nos silencie, nos inmovilice.

Apremia que la educación posibilite interrogar los modos de pensar que nos han paralizado y dejado sin marcos de comprensión y acción, para descubrir los mitos de la educación que hemos padecido y atrevernos a construir una distinta. Aquella que nos permita abrir los ojos al asombro, dar cabida a las quimeras, a lo opuesto a la razón que predomina, a la expresión de las mejores cualidades humanas.

Es a través del pensamiento creativo y crítico, de la liberación de lo que nos ha hecho ser, que el individuo puede pensar y actuar con autonomía, autodeterminación, liberándose de la inevitabilidad o irreversibilidad de imposiciones sociales y del juego preestablecido por los factores de opresión. Si no es así, el ser humano queda reducido a ser instrumento al servicio de aquello que anula la singularidad que somos.

Si asumimos que la educación constituye un espacio ético – político, su tarea medular es formar personas, seres humanos conscientes de sus derechos, su singularidad, su necesidad de liberación, su dignidad, compromiso y responsabilidad consigo mismo y con los otros, en el devenir por la construcción del mundo posible por – venir. Con Paulo Freire puedo decir que, no es posible hablar de una educación para la liberación sin un gran sentido de responsabilidad, opuesta a cualquier forma de dominio y realizada mediante prácticas educativas liberadoras.

Educación para la experiencia

Es una necesidad la transfiguración del sujeto en “sujeto de la experiencia”, un sujeto más dispuesto a recibir, a sentir, no resignado a sólo existir, sujetos que cotidianamente vislumbro en todas esas caras que pasan delante, al lado o tras de mí y que han sido impedidos de la experiencia y desde ella, llegar a ser lo que pueden ser.

Puedo decir que la educación que puede ser, el sentido de esa “educación-otra”, la que de algún modo hemos soñado y defendido desde pequeñas trincheras, debe abrir espacios para la experiencia, porque si algo debemos intentar es favorecer que pueda pasarnos algo, que podamos contar nuestra propia historia, sin interrupciones, pues mientras algo no nos pase, nos toque y trastoque, mientras no nos dejen ser libres, mientras no podamos reconocernos en el devenir de ser lo que somos, nos alejamos cada vez más de esa posibilidad y en espacios educativos donde siguen instalados, donde se perpetúan mecanismos de reproducción y control, no puede haber lugar de experiencia, de reconocimiento y configuración de sentidos, del lugar para la relación de nosotros con los otros y con nosotros. En esos escenarios no acontecerá el despliegue de las mejores cualidades humanas hasta que no se abra el camino del asombro, de la incertidumbre, de la duda. Hasta que no sea posible que el otro construya su propio relato, que en la narración, en la palabra pueda hacer-se consciente de si y en comunidad constituir su subjetividad.

Entonces, nos convoca el compromiso de pensar de un modo otro la educación del presente como posibilidad de futuro, de apuntar hacia un porvenir donde el mundo que habitamos sea un mundo diferente, con gente que al fin encuentre que aprender es equiparse para la vida e imaginar futuros posibles.

Se trata de educar abriendo ventanas a la vida por-venir, no cerrar ventanas para mirar únicamente el pasado, educar no sólo para saber sino para ser, para la creación, para el amor, no para la ruina y el odio, educar para ser autónomos y libres, no sumisos, educar para ser felices, educar en la igualdad teniendo conciencia de la diferencia, educar para la autonomía, no para el miedo y el castigo, educar para la democracia, educar para la imaginación con los sueños para las utopías y con la ilusión para la realidad y la posibilidad de ser felices.

Referencias/References

- Arendt, H. (1996). *Entre el Pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona, Ediciones Península.
- Bauman, Z. (2006). *Amor líquido. Acerca de la Fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del Oprimido*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1990). *Pedagogía del Oprimido*. 41a. edición. Montevideo, Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1993). *Política y Educación*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (2004). *Pedagogía de la Autonomía*. Brasil, Editorial Paz y Tierra.
- Freire, P. (2008). *El Grito Manso*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (10 de agosto de 2021). *Pedagogía*. [Fragmento de entrevistas recogidas en Freire, constructor de sueños]. <https://www.youtube.com/watch?v=zwri7pO8UHU>
- McLaren, P. (1995). *Pedagogía crítica y cultura depredadora, Políticas de oposición en la era posmoderna*. Barcelona, Paidós Educador.
- Prieto Figueroa, L. (1968). *Joven Empínate*. Caracas, Imprenta Universitaria UCV.
- Torres, C. (1980). *Paulo Freire Educación y Concientización*. Salamanca, Ediciones Sígueme.

Sobre la autora/About the author

Sandra Moreno González Angélica es doctora en Educación. Profesora Asociada en la Universidad Nacional Experimental “Simón Rodríguez”. Miembro de la línea de investigación Política, Ética y Educación: replanteamientos teóricos e implicaciones prácticas. Ha sido asesora y jurado de diversos trabajos de investigación en pregrado, diplomados, maestría y doctorado y ponente en eventos nacionales e internacionales.

URL estable Artículo/Stable URL

<http://www.riesed.org>

RIESED es una publicación semestral de UNIVDEP - Universidad del Desarrollo Empresarial y Pedagógico (México) desarrollada en colaboración con IAPAS - Academia Internacional de Ciencias Político Administrativas y Estudios de Futuro, A.C. y GIGAPP - Grupo de Investigación en Gobierno, Administración y Políticas Públicas. RIESED es un Journal Electrónico de acceso abierto, publicado bajo licencia Creative Commons 3.0.

RIESED is a biannual publication of UNIVDEP - University of Business Development and Pedagogical Development (Mexico) in collaboration with IAPAS - International Academy of Politico-Administrative Sciences and Future Studies and GIGAPP - Research Group in Government, Public Administration and Public Policy. RIESED is an electronic free open-access Journal licensed under 3.0 Creative Commons.



www.riesed.org



riesed@riesed.org



[@RIESEDJournal](https://twitter.com/RIESEDJournal)